

E. MIRET MAGDA LENA

Los observadores del catolicismo —sean creyentes o no lo sean— se preguntan por el proceso de innovación que en la Iglesia se manifiesta. Y en forma parecida podríamos apreciarlo en otros grupos cristianos, y, aunque menos, también en otras religiones apartadas del cristianismo.

La renovación, y a veces revolución, que se ha producido en la cultura y civilización contemporánea ha incidido en el mundo religioso. Y nadie puede negar este hecho, que unos saludan con alegría y otros con dramática tristeza.

Entre los que se alegran, no sólo están los que no creen, sino también muchos creyentes. Del mismo modo que, aunque parezca extraño, también entre los que se alarman de esta crisis de cambio están algunos no-creyentes, y no sólo los hombres religiosos de corte tradicional. Bastaría recordar el interés creciente que en muchos pensadores marxistas produce el fenómeno religioso actual. No sólo Garaudy, sino otros muchos pensadores de detrás del telón de acero manifiestan esta curiosidad científica por el nuevo fenómeno religioso que se ha manifestado, sobre todo después del Concilio Vaticano II. En Praga, por ejemplo, durante varios años se reunieron profesores cristianos y ateos para tratar, desde todos los puntos de vista, del hecho religioso, sobre todo en las nuevas modalidades, de eso que, con frase vaga e inexacta, se ha llamado progresismo.

De igual manera, el académico y actual ministro francés Druon se indignaba, igual que cualquier ultra católico, de las renovaciones que en la Iglesia francesa se están produciendo, a pesar de encontrarse él aparte de toda creencia religiosa.

Hemos de reconocer que la gran crisis del mundo moderno, y sobre todo contemporáneo, ha hecho un fuerte impacto en la mentalidad de los creyentes, y les ha abierto los ojos a muchas cosas que antes daban por supuesto: doctrinas, normas, ritos y decisiones autoritarias de los dirigentes espirituales.

Incluso parece que este descubrimiento se ha vuelto un poco loco en el interior de algunos hombres religiosos, manifestándose su crisis en forma extraña y llamativa. La verdad es que la revolución industrial, la revolución social, la revolución económica y la revolución científica, que se ha producido en nuestro mundo

actual, se manifestó sólo timidamente en la época del Concilio Vaticano I, y brotó con fuerza a principios de este siglo con la crisis modernista, que San Pío X llamó herejía, y que asustado se apresuró a cortar con duras palabras sugeridas por sus consejeros. Pero ahora, a la luz de lo ocurrido en la Iglesia, nos preguntamos si realmente aquellas represiones del Papa Pío IX y del Papa Pío X sirvieron de algo, salvo el ocultar y retrasar indebidamente la solución de la crisis.

Al final, el Concilio Vaticano II, convocado por un Papa bien diferente de estos dos, llenos de complejos bien intencionados, el espontáneo y realista Juan XXIII hizo que el secreto se desvelase, pudiéramos superar el negativo estado de represión psicológica en que el creyente se encontraba muchas veces sin percatarse de ella.

LA INNOVACION RELIGIOSA

Por eso se hace necesario el estudio teórico y práctico de este fenómeno de innovación religiosa que hoy vivimos. Y nadie mejor que el profesor Juan Estruch, con su pequeño y serio libro "La innovación religiosa", publicado recientemente por Ariel, puede ser una ayuda para ello. Su lectura meditada me sugería las reflexiones de este artículo, a propósito de la innovación de la Iglesia católica. Las tres fases que Estruch recuerda que ocurran en todo proceso de innovación de la Iglesia se han cumplido entre nosotros. Nuestra primera reacción fue decir que las posturas innovadoras estaban radicalmente equivocadas. A continuación, y ante el avasallamiento de la realidad sociológica, los creyentes empezaron a decir que no todo era falso, pero sí sumamente peligroso. Y, por último, hemos llegado en muchas cuestiones a aceptarlas de tal modo que exclamamos a veces con ingenuidad demasiado infantil: "La Iglesia lo ha afirmado siempre".

Revisemos algunos de estos cambios innovadores que, de hecho, se han produci-

do en nuestra Iglesia. Y empecemos por el control de natalidad. En tiempo de Pío XI, cualquier control era pecado grave. En la época de Pío XII se aceptó con reservas la continencia periódica, incluso en algunos discursos del Papa. Pablo VI, a pesar de la polémica que su encíclica *Humanae Vitae* produjo, bien analizada con objetividad, permite concluir que algunos controles de natalidad, como la píldora, pueden ser, según él, levemente pecaminosos e incluso lícitos a veces. Los obispos católicos, en general, tras esa encíclica, fueron más allá; y ante el hecho de la mayoría de católicos que ni cumplían ni estaban dispuestos a cumplir todas las restricciones impuestas por Pablo VI, dejaron la cuestión a la decisión de la conciencia personal. En pocos años hemos pasado de negro a blanco, casi sin darnos cuenta.

Una cosa parecida ha ocurrido con el celibato eclesiástico. En pleno Concilio hubo una gran crisis ante la negativa del Papa de que se tratase este tema por los obispos de todo el mundo, y se cerrase toda posibilidad. Y ahora el mismo Papa, recibiendo al obispo de Sankt-Pölten (Austria), le dice que está estudiando el problema, y aunque no está todavía decidido a aceptar la ordenación de hombres casados, sin embargo, reconoce que no existen "objeciones de principio".

Respecto al nombramiento de obispos, que el Concilio no aceptó la intervención popular tan tradicional en la Iglesia durante muchos siglos, ahora son ya bastantes las diócesis, en Europa y América del Norte, que consultan oficialmente a los fieles antes de dar nombres de futuros obispos a Roma. En Francia ya se conoce esta intervención popular en el caso de quince diócesis.

Y lo mismo diríamos de las celebraciones eucarísticas, que sustituyen a las antiguas Misas; de la posible ordenación de mujeres para ministerios sagrados y de la aceptación del socialismo por muchos obispos, cuando el Papa Pío XI parecía haber cerrado esta posibilidad. El hecho ante el que tenemos que enfrentarnos es que, quiera o no quiera la gran institución tradicional de la Iglesia, la renovación se produce con carácter irreversible y definitivo. ¿No sería entonces preferible un análisis científico de la realidad y no la reacción de negativa o de reserva?